



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

EDUARDO ZAMACOIS

Lo incomparable.

JOAQUIN ESTRADA

Don Procopio en Madrid.

ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ

Erótica.

EL CONFESONARIO

Artículos de ADELA LULÚ
Y CELITA

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

'El agua bendita.'

GONZALO CANTÓ

Fuera caretas.

JACINTO CARMÍN

Nuestras cocotas.

PE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

**TOVAR, EMILIO, MATEOS, CALINEZ
y ALFONSO**

Caricaturas y retratos de Josefina Chimenti, Adelita Lulú, Rosarito Lobo, Celita y otros dibujos.



JOSEFINA CHIMENTI

Hermosa artista de variedades
que realiza una brillante campaña por provincias.

5 cénts.



Tres días llevo en cama, ¡y lo que cuelga!...
 Por consiguiente, ¡me declaro en huelga!

Mis queridos compañeros
 Gómez-Hidalgo y Lezama:
 Llevo tres días enteros
 sin menearme de la cama.

¿Con quién? Con una señora
 calentura de primera:
 fiebre tan abrasadora,
 que me hace arder la sesera.

¿De qué me ha servido, pues,
 renunciar á los placeres
 que nos brindan con el mes
 de Febrero las mujeres?

¿De qué me ha servido no ir
 ni á un baile de Carnaval,
 si me había de venir
 en la Cuaresma este mal?

¿De qué me ha servido ser
 casto y puro en esas horas,
 en que las mismas señoras
 nos incitan al placer?

¿De qué me ha servido obrar
 como hombre honesto, si con
 esto del calenturón
 me tengo que jorobar?

¿De qué me ha servido, en fin,
 llevar la vida de un fraile
 y, aburriéndome de espín
 en mi celda, no ir á un baile?..

Si esos alardes austeros
 me hubieran servido de algo,
 bien, queridos compañeros
 Lezama y Gómez-Hidalgo.

Mas (como llevo en la cama
 tres días, ¡y lo que cuelga!)
 justo es, Hidalgo y Lezama,
 que me declare hoy en huelga.

¿Quién hace versos ahora,
 si no me puedo menear;
 por causa de esta señora
 que me quiere jorobar?

¿Quién, con una calentura
 de cuarenta grados, hace
 coplas, y á la sepultura
 se va y... *requiescat in pace?*

Si hace tres días no salgo,
 ¡pobre de mí!, de la cama,
 ¿qué he de hacer, Gómez-Hidalgo?
 ¿de qué voy á hablar, Lezama?..

Perdonadme que no escriba,
 pues, *vuestro* Carlos Miranda;
 y si deseáis que viva...
 ¡no le hagáis ir «de parranda»!

Permitidme que, al calor
 del lecho, se restablezca,
 ¡para que el numen le *crezca*
 cuanto más pronto mejor!

Que sí que me crecerá,
 pues—sudando cual un pollo—
 mi cabeza logrará
 su pristino desarrollo.

La desgraciada hoy no tiene
 chirumen, ni le conviene
 dedicarse á la poesía...
 Perdón, ¡y á ver si me viene
 la inspiración otro día!!

Carlos Miranda.

LO INCONFESABLE

FUÉ una de esas conversaciones inolvidables, apasionadas, vibrantes, cuasi trágicas, que la emoción parece grabar en las circonvoluciones del cerebro á golpe de martillo y de cincel.

Hablaban de amor; de los que se casan por cariño ó por interés, de los hombres que traicionan á sus mujeres, de las esposas que burlan á sus maridos... Esta última variante del diálogo sugestionó la atención de Pablo; su turbulento corazón de macho enamorado y celoso fué exaltándose, y tras algunas pleguerías y circunloquios retóricos con que procuró velar la salvaje vehemencia de sus sentimientos, exclamó:

—Dime, ¿tú serías capaz de engañarme alguna vez?...

Ella, riendo, le echó los brazos al cuello. |

—¡Yo, engañarte yo!... — exclamó; — ¿has perdido el juicio?...

El hizo un gesto vago de hombre experto á quien el mundo enseñó á dudar de todo.

—¡Oh, no te rías! — exclamó; — la vida ofrece miriadas de peligros que una locuela como tú no puede prever, y lazos y añagazas sin número... No, no creas que pongo puertas á tu virtud... Pero repara en que si alambicásemos la historia íntima de los mejores matrimonios, tal vez hallásemos en todos ellos algún secreto horrible; un capítulo inconfesable, una de esas páginas que no pueden leerse sin rubor... No, Fernanda, todo no se sabe... Hay muchos adulterios que se conocen, pero también hay otros que quedan ignorados perpetuamente, crímenes fortuitos, sin poesía y sin fecha, cuyo afrentoso secreto baja al sepulcro con los criminales.

Luego, agregó anhelando obtener un juramento, una promesa, algo en fin, que aquietase aquella roedora començon de su espíritu.

—Responde, Fernanda; si andando los años la fatalidad te colocase en una de esas situaciones supremas en que casi siempre el deber parece á manos de la fuerza, ¿me lo dirías? ¿Tendrías valor para decírmelo?...

Hubo una pausa; y ella, cuyo espíritu inocente se mecía muy lejos de los sinietros linderos de lo inconfesable, murmuró con ese valor temerario de los niños:

—Sí, lo diré todo...; te lo juro...



Mucho tiempo después, Fernanda llegaba



—¡Rediézl! Este tiene más pelo que el de casa!

al apogeo de su vida y de su belleza: alta, gruesa y majestuosa como una deidad pagana, con pomposas caderas desarrolladas por la maternidad, y grandes ojos negros de mujer ardiente.

Hasta entonces Fernanda, tanto por cariño como por costumbre, no tuvo secretos para su marido; había hecho de él su madre, su confesor, hasta que una vez... recibió el mazazo de lo inconfesable, de lo que no puede decirse.

Carmen Godoy, la mejor amiga de Fernanda, tenía un amante á quien sólo veía de tarde en tarde y á trueque de innúmeros azares, y necesitaba una compañera que la sirviese, ante su familia, de pretexto y escudo de salidas. Aquel asunto, los dos amantes lo discutieron minuciosamente, y convinieron en que Fernanda era la única mujer que, por



—Voy á presentar una demanda pidiendo indemnización contra los periódicos.

—¿Por qué, chica?

—Pues porque desde que han dicho eso de las ostras, no me visitan ni el duque ni el general.

su reserva y varonil discreción, podía ayudarles.

—Tú la confiesas nuestro secreto sin ambages—dijo él—y conmuévela describiendo nuestro cariño, los obstáculos que nos separan, tus sufrimientos... Di también que lo único que solicitamos de su amistad es que te acompañe alguna que otra vez...

Y prosiguió sonriendo con gesto burlón:

—Más adelante, á fin de que estos paseos

ofrezcan para ella algún atractivo, yo llevaré cualquier muchacho simpático...

Carmen Godoy, que conocía la virtud austera y sin mácula de la joven, empezó á santiguarse.

—Ca, no digas tonterías, no la conoces; Fernanda es incapaz...

—¡Oh, quién sabel...

—Quiere mucho á su marido...

Pero él continuó refutando victoriosamente aquellas objeciones: era preciso ser egoísta para triunfar; Fernanda podía cansarse de ayudarles, ó reñir con ellos, en cuyo caso quedaban á merced suya: convenía, por tanto, tenderla un lazo; de este modo las dos lucharían juntas movidas por el mismo interés, y el cuerpo de una garantizaría la salud de la otra.

Carmen Godoy empezó á ejecutar hábilmente todo aquel plan; refirió á su amiga los secretos, pormenores de su pasión, se apoderó de su alma, la conmovió, la hizo llorar... y obtuvo cuanto quiso. Fernanda se ofreció á ayudarla: en realidad, ella también deseaba esudiar por sí misma aquel mundo de los amores criminales que sólo conocía de referencias. Luego vió al amante de Carmen, y le pareció simpático, muy galán y muy guapo... Y de este modo, la inocente casada iba abandonándose insensiblemente por la pendiente seductora de lo prohibido.

A los pocos meses de vivir en esta intimidad los tres eran muy buenos compañeros; y entre tanto Pablo no sabía nada, porque Fernanda no quiso amargar aquellas escapatorias rompiendo el encanto del misterio.

El desenlace de aquel enredo preparado con tanta calma y tan diestramente, llegó de pronto.

—Mañana por la tarde—dijo Carmen Godoy á su amiga—, iremos Claudio y yo á merendar en La Bombilla; probablemente nos acompañará un amigo suyo y, como supondrás, yo me aburriré horrorosamente. ¿Quieres venir?...

Fernanda vacilaba.

—No seas perezosa—insistió Carmen—; iremos mucho, bailaremos y luego, al atardecer, á casita. ¿Qué te detiene?

Aquello, en efecto, dicho así, no era grave; y Fernanda prometió ir... y fué...

Julián, el amigo de Claudio, era muy ladino, habilísimo conversador, buen bailarín: hablaron mucho, bebieron copiosamente... Desde los primeros momentos Fernanda sintió que algo invisible la agarrotaba las manos y los pies, y empezó á perder la confianza en sí misma... Se ahogaba; en aquel gabi netito tan perversamente aparejado para el amor, no había bastante aire respirable... A

los postres Carmen y Claudio se besaban sin reserva, y Julián, sentado junto á ella, la hablaba apasionadamente... Fernanda, entontecida por los primeros vahos de la borrachera, se arrojó entre los brazos de su amiga:

—¡Por Dios—decía sollozando—no me abandones, no me dejes sola, sácame de aquí!

Ella ignoraba que las mejores páginas de las novelas amorosas las escribe el Destino así, muy deprisa. Luego ella y Julián salieron al patio á bailar; el aire cálido de aquella tarde de Junio y los rayos caliginosos del sol concluyeron de trastornarla. Él, entre tanto, mientras la llevaba siguiendo el ritmo marcado por el pianillo de manubrio, la requetaba de amores; y ella, con la enloquecida cabeza apoyada en su hombro, le escuchaba medio dormida, sin comprender...

Cuando volvieron al gabinete, la joven apenas podía moverse. Estaba idiotizada.

—Quéden-se ustedes aquí—dijo Carmen— Claudio y yo nos vamos á bailar.

Fernanda hizo un gesto desesperado, llamando á su amiga; pero Julián cerró violentamente la puerta, y ella se encontró á merced de la *bestia humana*; una bestia encelada, terrible, que hablaba de amor...



No, jamás tornó á ver al hombre que en un momento de embriaguez la robó la honra y el sosiego!... Pero aunque fué frágil contra su deseo y la fuerza disculpaba su caída, Fernanda, batallando á solas con su remordimiento, no podía disculparse.

¡Ya no era la misma! Había ocurrido algo enorme, lo ignorado, lo inconfesable!... Entonces, recordando la promesa que un día hizo de decirse todo á su marido, quiso revelarle también aquello, para dar treguas á su delirante obsesión, y no pudo; con frío mortal paralizaba su lengua; los conceptos se cristalizaban en el cerebro... Estaba delante de lo incomunicable; de lo que no puede decirse, de lo que nadie sabe decir...

Y muchos años después, cuando las tres

DE NUESTRO REDACTOR EN MELILLA



EL REPORTER.—¡Conque la señorita es la que estuvo expuesta noches pasadas á ser raptada por un moro enemigo?

BHENI-TOK-MLA.—Sí; pero ésta tiene mucha resistencia y como el raptor parece que no venía muy bien armado, no pudo cargársela y huir.

únicas personas poseedoras de aquel secreto habían muerto, Fernanda, ya vieja, aún no estaba curada de su remordimiento. La costumbre de fingir la tornó pusilánime, suspicaz y recelosa; temía que algún accidente imprevisto revelase el criminal misterio de su vida, y cuando su marido la miraba fijamente, ó cuando veía á su hija engalanarse para ir al baile, la pobre madre, condenada voluntariamente al obscuro papel de hembra pasiva, bajaba los ojos confusa, pensando:

—¡Dios mío... si lo supieran!...

Eduardo Zamacois.

DON PROCOPIO EN MADRID

I

ALLÁ, en su pueblo, oculto en la gris y apaisada llanura manchega, era don Buenaventura todo un hombre serio. Oía misa los domingos y jugaba al tute hasta las diez, hora en que se marchaba á casita en compañía de doña Gertrudis, su esposa

UN CUENTO VIEJO



—Figúrate que estando en plena mar, el capitán del buque me dijo que ó era suya ó echaba el barco á pique.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Salvar la tripulación y el pasaje.

desde que, por falta de otra cosa mejor que hacer, decidió casarse.

No habla tenido D. Buenaventura otros amores que los de su esposa y su cocinera, una recia mozanca que olía á aceite frito y

llevaba refajos encarnados y un ajustado y tétrico corpiño ciñendo los senos, duros todo el año y blancos en el verano, cuando bajaba á bañarse al río.

Pero un día D. Buenaventura se vió metido en el tren correo en compañía de una levita prehistórica, camino de Madrid, á donde iba en comisión para obtener del diputado una carretera y algunas otras mejoras de que andaba necesitado el pueblo aquel, perdido en la soledosa y apaisada llanura manchega.

II

Ya en Madrid, instalado en la fonda excéntrica y oscura, quiso don Buenaventura darse un paseito por la corte. Anduvo mucho, y al fin, cansado y aturrido, dió con su cuerpo en la cervecería de Candelas y con su mala suerte en el turno de Juanita, la más chula y sugestiva de cuantas muchachas sirven en los cafés sonrisas y cervezas. La consabida frase de «¿Qué va usted á tomar?», dicha con alardes de gracia picaresca, dió al traste con la seriedad de nuestro hombre, que allí se pasó la tarde, colorado y nervioso, con esa intranquilidad peculiar de los paletos ante una madrileña guapa y taconeadora.

Por la noche, terminada la cena, fuese á un cine. Allí oyó cantar cuplés, y una chiquilla rubia, á quien el público pedía «teti-ta» con más asiduidad que un mamoncillo de seis meses, la señaló varias veces al cantar aquello de

*Me gustan á mí mucho los bigotes
sobre todo cuando son así
como aquellos del señor de allí.*

Y á D. Buenaventura, efectivamente, se le ponían cada vez más tiesos los bigotes, de ordinario lacios y alicaídos, por falta del cultivo de unas manitas atrevidas y cosquillosas de mujer. Para fin de fiesta cantaron «la pulga», y nuestro hombre creyó que si la pulga venía á manos de Angelita Easo, á él le venía... el fin de la existencia, por lo menos.

Cuando Angelita se quitó el coquetón saltado de cama con la misma facilidad con que, según dice un amigo, les quita la cabeza á los hombres, D. Buenaventura no podía más. ¡Aquello era un disloque de gasas, de lazos, de encajes, de cosas más para vistas que para descritas y aún más para tocadas que para vistas! ¡Qué morbideces, virgen de

las Angustias... de cualquier armado caballero de la orden de las doce! ¡Qué piernas, ceñidas por la malla y divinamente curvadas! ¡Qué senos, tan atrevidos y desbordados, que D. Buenaventura se sonreía de los desbordamientos del Guadalquivir! ¡Qué mujer... y qué calor!

Terminó la sección y nuestro hombre salió á la calle en un estado tan lamentable, que mal lo disimulaba el gabán abotonado de arriba á abajo. Al azar, cruzando calles y calles, aventuróse por la de Jacometrezo. Estaba en todo su apogeo la invasión de *pa-seantas*, y D. Buenaventura se vió asediado por niñas provocativas y cariñosas que le llamaban «rico» y «guapo», y que á la luz de las lamparillas podían tomarse, con un poco de buena voluntad, por princesas venidas á menos.

Y D. Buenaventura se dejó llevar por una de ellas, insinuante y pizpireta, que se empuñó en que le tocara los pechos y le dijo que era modelo de un pintor.

El portal, amable y discreto, de una casa para descansar, acogió á la pareja con su gesto bonachón...

III

D. Buenaventura volvió al pueblo. Y á los pocos días empezó á notar ciertos ardores, harto significativos, que al fin tuvo que consultar á su amigo el médico...

Y hoy, cuando encerrado en el último cuarto de la casa utiliza jeringuillas y soluciones de permanganato, D. Buenaventura siente que los recuerdos de Madrid le atormentan y una lágrima furtiva sale á sus ojos y va á caer, silenciosa, en el paquete del algodón hidrófilo...

Joaquín Estrada

EROTICA

I

En el etrusco vaso cincelado del século y el chipre y el falerno, á Marco Antonio, el luchador eterno, impúdica Cleopatra le ha brindado; y él, contra sus hechizos preparado, al ver en sus pupilas un infierno, mira absorto sus formas, con interno afán de no encontrar lo ya soñado. Besan las crenchas de la reina impura, su espalda escultural y su hermosura;

prométenle gozar dichas sin nombre, y ante aquella lujúrica figura, pletórica de amor y de frescura, muere el emperador y surge el hombre.

II

Si por arte maléfico, encarnado en tu ser Mefistófeles viviera, y de mi alma en cambio me ofreciera gozar de los encantos que te ha dado,

FIDELIDAD INFANTIL



La abuelita. — ¡Por qué pegs á Luisita?

El niño. — Yo no la pego. Es que quiero que juegue con su conejo, y yo no quiero jugar nada más que con el de la Enriqueta.

te juro que le diera alborozado no una, ni dos, mil almas que tuviera; sintiéndome orgulloso de que fuera, en el cambio, Satán el engañado, Prefiero, á la otra vida venturosa, el néctar que en tu boca purpurea; quiero gozar tu imagen primorosa y estrechar tu cintura de Medea, aunque muera después cual mariposa en el nimbo de luz que te rodea.

Alfonso Hernández Catá.



El confesionario

ADELA LULÚ

SER madrileña, haber nacido en la mismísima calle del Salitre, tener pocos años y el palmito... «adjunto», díganme ustedes si no son elementos más que bastantes para haber hecho alguna que otra conquistilla por esos mundos... Ahora, que mis recuerdos, un poco atropellados, se confunden. No sé «narrar», como dicen ustedes los escritores. Mi primer amor, es decir, el primer hombre que me interesó algo, no era hombre. No se alarmen ustedes. Quiero decir que fué cuando yo era muy chiquita todavía, y que él era un muchacho, un niño casi, como yo.

Fué un amor romántico, en el que todo era sentimiento, y que como todo lo que no debe durar, no duró. Sus padres se enteraron de su pasión; les pareció mal, indudablemente, y decidieron cortársela.

Y ya sin ella él, ¿cómo iba yo á quererle? Se fué al extranjero... y apenas si de aquello me queda á mí el recuerdo.

Siendo artista, ¡figúrense ustedes si me habrán ocurrido cosas! Pero miren ustedes qué casualidad: casi siempre mis adoradores son casados.

La verdad es que yo no podré decir que por mí se ha suicidado nadie, como cuentan que les ha ocurrido otras compañeras; pero divorcios y cosas de esas, ya lo creo que tengo á mi costa.

En Barcelona, precisamente, un fabricante de paños se prendó de mí con tanto calor, que porque un día le dije que «era muy rico, que lo que quería era burlarse de mí y que yo no estaba por ello», el hombre fué é incendió su fábrica. ¡Si me querría con calor!

En Sevilla, en Bilbao, en... ¡la mar de sitios!, me han ocurrido aventuras por el estilo.

No hace mucho, en Galicia tropecé con un portugués de los que ahora están desterrados, al cual había yo conocido en Oporto, hace algún tiempo, y el hombre, casado, con un montón de hijos, y por todos estilos en condiciones de ser formal, porque le dije que «no quería nada con los hombres casados», ¡pim pam pum!, fué y se divorció. ¡Habría primo!

¡Qué cartas me escribía! Si no temiera molestar á los lectores de LA HOJA dando á este escrito demasiada extensión, copiaría alguna. Yo no he visto nunca una pasión por el estilo. Es decir, sí. Recuerdo otro individuo, aragonés de nacimiento, que «me hizo reír las tripas».

¡Qué hombre, santo Dios! Era moreno y no era feo...; pero ¡más pesado! Una vez le dije que á mí me gustaban los hombres rubios, y fué y se tiñó el pelo con no sé qué diablos. Otra...

¡Y mire usted que á mí hombres rubios! Morenos me los dé Dios; los rubios casi to-



ADELITA LULÚ

Que actualmente oye muchos aplausos en el Trianon Palace.

dos tienen «asaúra», que dicen en la calle en que yo nací.

Mí tipo de hombre, verán, verán ustedes... Voy á ver si les digo uno... D. Antonio, mi empresario actual, ¡ese! Así me gustan á mí los hombres. Pero ¡ay!, el Sr. Moriones es muy serio; siempre tiene cara de poca entrada... ¡qué barbaridad, hijo!

Pero yo no sé si me he corrido y he escri-

to demasiadas cuartillas. Claro, como no tengo costumbre de estas cosas. De todos modos voy á concluir. Pero haciendo antes un ruego muy transcendental: el de que se abstengan los señores casados y se animen, en cambio, los solteritos. Vengan, vengan... y dejadles acercarse á mí.

Adela Lulú.

C E L I T A



CLARO está que la tierra en que se nace no tiene cosa mayor que ver con la suerte que de grandecito le depara á uno el Cielo con las mujeres; pero, vamos, ser de Galicia y venir á decir si tuve tantas

ó cuantas aventuras amorosas, yo no sé qué me da... Porque, injusta y todo, lo que ustedes quieren, tenemos una fama los gallegos, que parece que ni á los toros ni á las mujeres nos vamos á aber arrimar con arte.

Y eso que yo soy tan madrileño como gallego. De Galicia vine á Madrid á los diez años, y aunque frecuentemente he vuelto por mi tierra y he pasado allí algunas temporadas, lo cierto es que mis aficiones á los toros... y á las mujeres aquí nacieron.

A los once años, siendo carnicero, comencé á creer que tenía condiciones para el arte de antes, y un día me arroqué al ruedo y comencé á correr por ahí, hasta que poco más tarde,

en Soria, conseguí matar el primer toro vistiendo el traje de luces tan anhelado. Mi primer «culto á Venus» había sido un poco antes... y no digo en qué traje.

Desde que la suerte me ha favorecido un poco y he empezado á ser conocido, claro está que algunas «chapucillas» cayeron sin buscarlas en esas cosas de las mujeres; pero, vamos, que con mi condición de gallego no me atrevo á entrar en detalles. Figúrense ustedes lo que quieran y será mejor.

Además, que estoy «un poco» enamorado... en serio. Tengo una cierta provincianita, con la que si Dios quiere me voy á casar, precisamente al día siguiente de tomar la alternativa. Figúrense ustedes si tengo una doble razón para desear que esto sea pronto, y estoy dispuesto á apretar con la espada hasta conseguir no fallar y meterla siempre derecha.

Y voy, para acabar, á exponer cómo es el tipo de mujer que á



ALFONSO CELA

mi me gusta: morena, pelo negro, cutis blanco, ojos negros, estatura regular, más bien alta... Este es mi tipo. Si «por ahí» tengo dada palabra de matrimonio á alguna que no reuna estas condiciones, ya sabe la pobrecita lo que la espera.

Alfonso Cela.



EL AGUA BENDITA

(CUENTO MUY VIEJO)



ABÍA en cierta vieja ciudad castellana cierta doncella un tanto ligera de cascos y harto más loca de su cuerpo de lo que fuera menester á su buena reputación.

Todos los galanes barbilindos de la población habían solicitado y obtenido sus favores, porque la rapaza, á más de hermosa como el sol, era coqueta como la luna; jesa casta Diana de la mentirosa mitología, que tan pronto se arrebujaba entre nubes como goza en mostrarse á nuestras miradas...

En la reja florida de claveles, alelís y geranios, era donde se solazaba todas las noches con algún galán nuevo, que raro era el mozo de la ciudad que no había pasado bajo

aquellas horcas caudinas. Por allí desfilaron todos los rapaces solteros de Pampliega, como no fuesen tullidos, y aun cuando el tullimiento no fuese de los pies, pasábalo gustosa la dama, con tal de que no fuese manco. ¡Ah, eso sí que no lo toleraba!...

Un gentil cojo byroniano había sido uno de sus adoradores más durables, puesto que con ella había llegado á estar tres meses en relaciones.

Todos contaban de ella en el Casino historias sabrosas y picantes, que los mozos españoles suelen ser, en punto á mujeres, de una trágica indiscreción. Quien, narraba cómo un día habíala cogido un dulce y cálido botón de las rosas de su seno; quien, alababa aquella suavidad del cutis en los lugares más recónditos y ocultos á la mirada; quien, covirtiéndose en sujeto pasivo y blanco de les seducciones de aquella sirena, ensalzaba la destreza de sus manos en ciertas labores impropias de su sexo; quien, hablaba de los deliciosos escarceos en un musgoso y húmedo rincón del jardín de su cuerpo...

En suma, á creer á los mozalbetes que en las salas del Casino de Pampliega se entregaban al noble y loable esparcimiento del billar ó al aburrido solaz del dominó, y no tenemos motivos suficientes para recusarles como testigos fidedignos, el cuerpo de aquella doncella era como teclado armónico, donde todos habían suscitado en su hora divinas melodías, ó más plebeyamente, como manoseado guitarrico de ciego de plazuela.



I. — Su anciana Majestad, al verla casualmente un día, se encaprichó de una bella súbdita y ordenó á su ayudante que la condujese á sus habitaciones.



II. — El susodicho ayudante se puso al habla con la dama, logrando vencer sus escrúpulos y convencerla de lo inofensivo de los deseos de S. M.

Los más ilustrados decían que aquella mocita era algo así como una *demi-vierge*, que era como ahora se llamaba en lenguaje transpirenaico á las cortesanas disimuladas, ó bien á los ramilletes de flores que están á medio deshojar y sólo con el cogollito intacto. Otros, más gráficamente, al referirse á ella, solían canturrear una pintoresca copla andaluza:

*Andá que estás más sobá
que la hojlliya der Cánon
que tienen en er misá...*

Hubo alguno que recordó un día cierta sonora copla de jota:

*Cincuenta novios que tuvo
mi vecinica Dolores;
el que se case con ella,
trabajadica la coge...*

¡Y tenía razón el indino! Porque él podía atestiguar con pruebas fehacientes hasta qué profundidades había sondeado en veinte días de coloquio por la reja.

Sucedió que, un día, la mocita en cuestión fué á confesarse, que, aunque liviana, era piadosa y devotísima como una monja de la Concepción Francisca. No sé cómo compaginaba ella la devoción y los juegos de manos; pero ello es que así acontecía. Apenas se había arrodillado ante la rejilla del confesonario, el capellán, hombre mundano y sabidor de las desvergüenzas que de la mocita se contaban por la ciudad, dejándose de pre-

ámbulos y sin pararse en escrúpulos del tercero y del cuarto mandamiento (que eran los derroteros por donde la moza quería encaminar su confesión), le dijo:

—Bueno, hija; dejémoslos de bobadas... Vamos al grano, al grano...

(El grano, en este caso, quería decir *la paja*.)

—Diga usted, padre.

—¿Tienes novio?..

A punto estuvo la rapaza de contestarle, según costumbre: «¡Se tiene él solo!...»; pero se contuvo por respeto al lugar sagrado.

—Sí, padre—respondió piadosamente.

—¿Y qué? ¿Hablas con él por la calle ó en la reja?..

—En la reja, padre...

—¡En la reja! ¡*Malum signum!*... ¡Mala señal! ¿Y qué?... ¿Os amáis castamente ó, hablando en castellano, hacéis cochinerías?..

La moza calló, algo turbada. Más turbado aún el cura en aquel silencio y aquella penumbra del confesonario, añadió:

—Bueno; desembucha y déjate de vergüenzas á destiempo... La vergüenza debiste tenerla antes. ¿Os limitáis á pudicos besos ó hay contactos deshonestos?..

Calló de nuevo la rapaza, y como quien calla otorga, el cura dió por terminada la confesión y la remató con estas palabras solemnes:

—El pecado de que te acusas... ó, mejor dicho, de que te acuso yo, asintiendo tú con el silencio, es de los más difíciles de perdonar. Como pública es la voz que te conceptúa liviana y amiga de manosear á tus gala-



III.—Y quedó cumplida la orden, y S. M. pasó con la subdita á sus habitaciones.



IV.—S. M. I. notó después que le faltaba el anillo insignia de su jerarquía.

nes, pública ha de ser la penitencia. Con la mano, instrumento del pecado de deshonestidad, con la mano..., ffjate bien..., metida en agua bendita, has de estar junto á la pila mientras la gente entra en misa mayor... Y ahora, *ego te absolvo*...

Dura le pareció la penitencia á la rapaza: pero como buena cristiana, apresuróse á cumplirla.

Púsose al lado de la pila de agua bendita, con ademán indeciso, como de quien está á la vez orando y esperando que alguien venga. Entraba gente á la misa solemne, á que convocaban las campanas argentinas con alegre repique. Desaprensiva la multitud pasaba á su lado; algunos mozos volvían la cabeza á mirarla más por su belleza que por su actitud algo extraña. Pasó en esto una muy su amiga suya, harto más antojadiza y pecadora que ella; y chocada de su actitud, hubo de interrogarla:

—¿Qué haces ahí, Lolita, con la mano dentro de la pila?... ¿Te estás lavando?

—Estoy cumpliendo la penitencia que el confesor me impuso!..

Comprendiólo todo en un momento la amigueta, que era bien sagaz, y con sonrisa burlesca, le dijo así:

—¡Anda! Pues si me llevo yo á confesar, hay que traer á la iglesia un baño de asiento...

Andrés González-Blanco.

FUERA CARETAS

Yo declaro que Antonio de Lezama al baile del Real vino conmigo: como Antonio es casado... pues... no digo que fuimos cada cual con una dama.

Desde el baile después se fué á la cama, si fué *con* ó fué *sin*... callando sigo porque creo deber de un buen amigo no dar la solución del anagrama.

Teniendo menos cuartos de la Luna le dió á un *groom* una espléndida propina y hacia el palco se fué luego con una...

Lo que hicieron las dos ¿quién lo adivina si en aquellos momentos la muy tuna corrió súbitamente la cortina?

Gonzalo Cañó.

SUCEDIDOS...

Noches pasadas fuí á dar el pésame á la viuda del pobre Rodríguez.

Vamos, Antoñita—la decía una amiga bastante guapa y bastante sobona—, hay que tener valor, hay que tener resignación, hay que tener...

—Demasiado resignada estoy—contestó la viuda, limpiándose con un pañuelo sus ojos negros y picarecos—; pero, hija, ya sabes lo que son mis nervios: por *cualquier cosa* se alborotan.



V.—Y ordenó á su ayudante que fuese á casa de la bella egipcia en donde su marido, guardia de Seguridad, le manifestó que su esposa se hallaba de alumbramiento.



VI.—Gracias á lo cual se pudo recuperar la joya que el nuevo vástago sacó en el dedo de un pie, siendo nombrado el «guindilla» segundo teniente de la Escolta imperial.

sualidad por la sexualidad? La *Matildona* tuvo el mejor Museo de cuadros vivos de la corte donde el de menos mérito tenía la belleza del marco. No enfadarse, honradas esposas, que, pasado el momento de la visita, siempre salís ganando en la comparación.

Tened en cuenta que vuestra cabeza se mueve erguida buscando la línea vertical, ó sea la que indica el punto más alto del cielo, suponiéndolo esférico, y que á ellas las llaman *horizontales*.

Perdonad tanta digresión; pero lo requiere (para dar algo de variedad) el tratar un solo asunto veinte veces.

Voy á explicar el por qué no pagué á Lulú el precio estipulado.

Cuando más creído estaba en que sus caricias eran sinceras y más las necesitaba yo, me dió un ruido en la mesilla de noche. Miré hacia la misma, y vi la causa que lo producía. Lulú estaba redoblando con sus finos dedos el pasodoble del *Tambor de Granaderos*.

Esto me demostró que su imaginación estaba muy lejos del acto que automáticamente estaba realizando.

Como es natural, antes de llegar á la Marcha real, ó sea al momento de la *jura*, imité á la Brú y á la Prétel, y si bien no rompí la espada como ellas hacían en la cita de zarzuela cuando cantaban con versos de Sánchez Pastor y música de Chapí aquello de:

*Yo no beso ni juro esa infamia,
de la Patria ignominia y baldón*,*

escena de la perrita con la frase que tan grabada me quedó:

—¡Un saltito por el Sr. Ontiveros! Otro saltito por el Sr. Ontiveros!

EN LOS BAILES DE MÁSCARAS

Nunca supe su nombre verdadero ni me preocupé ¡Qué más da?

Lulú la llamaban y así la llamé. La conocí en una casa con luz eléctrica en todos los pisos, elegancia en todos los departamentos, aseó en todas partes (hasta en las húmedas), sonrisas en todos los labios, belleza en todas las caras y amabilidad hasta en las alfombras, si el que las pisaba no le evaba medias sueltas.

Vivía por el placer y para el placer. Tenía y debe tener un palmito que para sí quisieran muchas bellezas de concurso. Algo así como Conchita Ledesma con algo de la gracia que derrocha Julieta Fons y sus *miajás del trapío* que nunca me cansé de admirar en

*«La de los clavetes dobles,
la del marajo de rosas,
la de la falda de céfiro
y el pañuelo de crespón.»*

Esa tontería de artista y de mujer que se llama *todavía* para desesperación de las personas de buen gusto que, como yo, sufren por no verla aunque sólo sea en escena, Isabel Brú.

¡Vaya cardo! ¡Vaya calor!

Y vaya un frío que me entró cuando me dió

calabazas después de esmerarme en escribir un cuento pastoril dedicado á ella, en el que trataba de pintar el amor que despertó en mi corazón todavía tocado de romanticismo.

Ahora me alegro que no me hiciera caso, y lo mismo digo de todas las artistas.

Soy egoísta y celoso, y sufriría horriblemente si tuviera que autorizar que una mujer de mi gusto y de mi propiedad luciera en público encantos que, aun velados con una malla, levantan el espíritu más decado y exponen al propietario á perder la mujer ó la dignidad, aunque sólo sea en apariencia.

¡Cuántos maridos han hecho el ridículo sin sospecharlo ni dar su mujer motivos!

No hace mucho, un Gobernador (cuyo nombre siento no recordar) recogió unas fotografías y procesó á los culpables, en las cuales aparecían cuerpos desnudos de ramera, á los que habían colocado caras de artistas conocidas. Si á esto añadían algo, porque el desnudo y la mixtificación estaba tan bien hecha como los duros sevillanos, pongo por caso, el más listo se *tragaba el paquete* de que el marido de la tiple *tal ó cual* merecía un cenorro.

Ya que trato de esto, diré otra infamia mayor. Una de esas que, sin llevar los *picos pardos* (antiguo distintivo de las mujeres públicas), se sabe lo que son, me afirmó confidencialmente que, aprovechando su parecido con cierta artista popular, pasó por ella á media luz y media voz con un caballero que se marcó muy creído de que siempre que pudiera dir á cierta *dueña* un billete de 500 pesetas, usufructuaría los favo-

res más íntimos de aquella artista, que si miraba á su palco casualmente, le daba el significado de inteligencia, y si no lo hacía, juraba á sus amigos que era por disimular.

Y vuelvo á Lulú, que no tenía necesidad de ser sustituida.

Una noche, que me pareció estaba encaprichada conmigo, la pedí y la tuve como se podía tener y pedir en aquel local, por unas horas.

¡Una mujer de tanto mérito, puesta al nivel de un coche de punto! Resultaba su tarifa más elevada que la del *simón*; pero á mí me salió más barata, por no pagarle lo estipulado. Abusé de mi amistad con la dueña del local, que era y es tan simpática como popular, y tan abundante de carnes como de popularidad y simpatía. Con decir que se llama Matilde, y la llaman *Mahildona*, creo que bastará para que los que no la conozcan se formen una idea de su persona en cuanto al físico.

En otro sentido, si el simpático Gómez-Hidalgo consiguiera de ella unas confidencias citando nombres propios de sus visitantes, en la mayoría de los matrimonios que tienen coche propio habría dispuestos por infidelidades conyugales. Y, sin embargo, á mí me resulta la cosa más natural del mundo.

¿No visita todo el que tiene amor al Arte el Museo de Pinturas de esta corte? ¿No es el mejor del Ojibo? Pues si en éste se admira la belleza que, sin vida ni sentimiento propio, hace gozar al espíritu, ¿por qué no visitar el Museo de la belleza, que siente y vive para proporcionar á la materia el más refinado goce de la sen-

NUESTRAS COCOTAS

ROSARITO LOBO



Es sobremesa, en su cuartito cuco y elegante de la calle de Pelayo, Rosarito Lobo, sentada indolentemente y mirando cómo se pierde en el espacio el humo azul de su cigarro, me recuerda—esta vez para que yo se lo cuente al público—la historia infantil de su *calda*. La Lobo sabe que esta leyenda es la leyenda de su vida, y siempre que la refiere, lo hace casi con las mismas frases, sencillas é ingenuas, con idénticas inflexiones de voz, procurando conservar el encanto de una anécdota dulce y sensual que la renueva...

—Nadie, nadie— me dice Rosarito, con una insistencia que me confunde un poco—, nadie, te puedo asegurar, tuvo nunca una imaginación tan predispuesta á lo irregular y á lo maravilloso como yo. Generalmente, el cerebro de las muchachas se exalta y se confunde leyendo novelas. Yo, no. De pequeña leí muchas, y te juro que ellas contribuyen á hacerme y á fortalecerme. Cuanto más fantásticas y más dramáticas y más terroríficas, más me «llegaban» y con más insistencia las leía. En cambio, las leyendas de amor: plácidos me cansaban y las dejaba siempre sin terminar.

Una vez, hace unos siete años, sobre la mesa de despacho de mi papá, hallé un número de *Blanco y Negro* que publicaba dos ó tres retratos de un torero, famoso entonces, cuyo nombre ha vuelto á sonar estos días como una actualidad...

Yo no sé lo que pasó por mí. Te aseguro que loca, sin saber qué hacía, besé mil veces aquellos retratos. Aquél hombre, cuyo nom-

bre entonces yo no había oído nunca, era mi hombre, el que yo había soñado.

Desde aquél momento sólo pensé en ser suya, y tanto cavilé, que llegué á creérmelo, y cuando en el colegio mis amiguitas me preguntaban:

—Rosita, ¿cómo se llama tu novio?

Yo respondía sin vacilar:

—Se llama X, y decía el nombre de aquel



ROSARITO LOBO

torero. Yo hablaba continuamente de él sin decir quién era; me le figuraba como le había visto en los reiratos, y decía que era alto, esbelto, moreno, muy gracioso y muy guapo... Y todas me creían, y todas me preguntaban por él, lo cual contribuyó no poco á robustecer mi chifladura.

Un día, en que me enteré por un periódico que mi adorado iba á torear en las ferias de la capital de mi provincia, á las cuales me había ofrecido mi padre llevarme, yo no sé lo que me pasó. Lloré, ref... ¡qué se yo!

Llegaron las fiestas y fuimos á ellas, y mi papá, accediendo á mis deseos, me llevó á los toros.

No te puedo describir mi impresión al ver aquel hombre... ¡vestido de torero! Era como yo me le había figurado, como le deseaba.

en que nosotros estábamos. Le decía «queridísimo mío»; ya no recuerdo cuantas cosas.

Me contestó, invitándome á que nos viésemos aquella noche, y yo, loca, loca siempre por él, fui á donde me decía... arriesgándolo todo.

Cuando le ví sintí que las fuerzas me abandonaban. Era como yo había soñado... y no supe lo que me pasaba.

El me cogió entre sus brazos, besándome apasionadamente sobre los labios. Yo me abandonaba, y él, experto en tales aventuras, supo muy bien explotar en su beneficio mi viciosa laxitud.

...Todo lo que siguió á este encuentro lo imaginarás tú, hombre mundano.

Después de la caída, aquel primer amante habla de desaparecer. De los demás, ¿para qué hablarte? ¿Para qué hablar del infinito?

Y, tras una pausa, Rosarito me ofreció un nuevo cigarrillo.

Jacinto Carmin.



— ¡Infame!, ahora me abandonas y me dejas... con esto.

— Harto hago que no te exijo que me lo devuelvas.

Aquella noche, procurando que mi padre no se enterase—figúrate tú el sigilo con que lo haría—le escribí una carta y se la envié al hotel en que se hospedaba con un criado del

¡PRODIGIOSO! **ALEXGO** ¡MARAVILLOSO!

LA HOJA DE PARRA ♦ REVISTA FESTIVA ♦

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, II.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL